

la presidencia de la República, como una breve almibarada en la boca abierta de un goloso sibarita. ¡Oh! y qué de cosas prometió entonces! Estricta moralidad y economía en la administración, (las cuales todo el mundo percibe y siente); una planta de magistrados y jueces de chuparse los dedos, (como nos los estamos chupando con la última elección para la Corte); reformas radicales en el sistema de instrucción pública (que sigue, como antes materialista y ateo, sin que se le haya puesto mano); quien sabe cuántas otras lindeszas por este estilo, que todavía están por realizarse, no obstante haber transecurrido un año. Eso sí, en lo que ha estado formal y ha cumplido como un caballero de la edad media su promesa, es en la observancia rígida de las leyes de Reforma. Ha puesto á la media noche en las cuatro esquinas á las monjas por el delito de rezar juntas, sin que él se crea obligado á pagarles sus dotes, como lo previene la ley:

“¡Valiente hazaña

“Robar todo un rey de España.

“Por la noche una mujer!”

Así entiendo este señor aquello de la equidad en la justicia. Ha mandado conducir á la cárcel á los sacerdotes católicos extranjeros por el delito de enseñar juntos, y en seguida los ha sentenciado á perpetuo extrañamiento fuera del país, sin oírseles ni juzgárseles. Tal es el primer paso que ha dado en tantos meses y que anuncia desde luego una política humanitaria. Hay que agregar á lo expuesto la conducta observada para que fracasase la empresa del camino interoceánico, por el que tantas simpatías ha manifestado la República, y esto bien descubre al ojo menos avisador una política enteramente nacional.

¿Cómo representarán los mármoles y los bronceos á este personaje, cuando llegue á ser admitido en la galería de nuestros héroes? Quién sabe! Ya las caricaturas le pintan con el bonoto de cuatro picos (insignia del jesuitismo en cierto sentido] y sin brizna de calzonos. ¡Quiera Dios y la posteridad, no le quite la camisa!

EL “HISOPO.”

Ya parece que vemos el alto desden con que osas que se llaman á sí mismas lumbreras de la

prensa, verán nuestro pobre y raquítico periódico. Mucho mejor para nosotros

Al pigmeo no le aplastarán esos titanes, ó mas bien fantasmiones. Pero sí; no se nos economizarán los apodos, los insultos ni los dictorios.

Paciencia; el que llama al toro, seguro esté de la cornada. Nosotros, como muchos, no conocemos esta arma.

Pero, buenos tauromáquias, escuchándonos con el arte de Gavilño, veremos si podemos clavarle una banderilla, donde el labrador le pone el yugo.

“¡Obra de sacristanes, producciones de viejas ilusas, ideas del retroceso, ideas ultramontanas!”

¡Cómo ha de ser! si por desgracia tenemos prisma distinto para ver las cosas.

Nuestra mala elección será una torpeza, pero no constituirá un crimen. En lugar de atacarnos, antes bien, como á tontos de tomo y lomo, se nos compadecerán.

Pero eso sí, diremos unas verdades mas desnudas que en camisa, como decía Quevedo.

A la arena á que se nos provoque, allá iremos, no somos desatentos.

En el idioma en que se nos hable, en ese contestaremos.

Omitiremos, sí, la calumnia, aunque de esta arma prohibida se haga uso con nosotros.

Mucho respeto debemos á la sociedad ante quien escribimos.

¿Disparates?

Pues entonces su buen criterio los relegará al Leteo.

Una que otra polvaredilla que se levante, con un “Asperges me Domino,” santas Pascuas.

Nuestro acetre tiene las dimensiones del lago de Chapala. Lo que es el líquido para aplacar las polvaredas, no nos ha de faltar.—RR

GACETILLA.

EL SABIO EN LA SOLEDAD.

Pues señor, á buen seguro que D. Sebas haya ido solo y únicamente á refrescarse la chirimoya bajo los corpulentos árboles del alcazar imperial. Debo haber ido buscando todo aquello que, según el autor del Quijote, hace que se vuelvan fecundas las musas mas estériles. D.